

(Publicado en «Il Lavoratore», 12-1-1923)

La prensa se ha ocupado de un artículo del presidente Mussolini en la revista fascista «**Gerarchia**», que traza una rápida comparación entre «**Roma y Moscú**».

El jefe del gobierno fascista, que quiere quedarse y se queda como jefe de su partido, aprovecha la ocasión para intentar teorizar en sus grandes líneas las relaciones entre fascismo y Estado. No son ni la voluntad ni el tiempo lo que le faltan para hacerlo de forma sistemática, sino la materia, cuando los jefes del Estado ruso nos han dado volúmenes enteros acerca de los problemas del comunismo.

No se trata aquí de establecer una comparación y una antítesis histórica entre bolchevismo y fascismo, como si la misión de todos los hombres de todos los países del mundo moderno tuviese la misma importancia: eso sería caer en una desproporción ridícula. Pero se puede intentar la comparación si se plantea la siguiente pregunta: el bolchevismo es una muestra de la política que el proletariado tiende a aplicar en todos los países, ¿puede decirse otro tanto del fascismo como método de la clase burguesa?

Antes de responder a esta cuestión constatamos que, en su tentativa de teorización, el líder del fascismo no parte de criterios propios a esa ideología político-histórica (que según nosotros no es una construcción nueva), sino de la manera comunista de plantear el problema, que consiste en definir las relaciones entre el partido en el poder y la «**máquina del Estado**»; y que llega hasta a usar una terminología que nos pertenece.

Habiendo planteado así el problema, Mussolini establece una diferencia sin lugar a dudas exacta entre la tarea del fascismo y la del bolchevismo.

En lugar de aniquilar la vieja máquina del Estado como ha hecho este último, el fascismo se apresta a repararlo pieza por pieza. Debemos aceptar esa distinción, pero también debemos negar al mismo tiempo el considerar como una revolución la llegada del fascismo al poder. ¿Qué es lo que permite en efecto definir una revolución política? El traspaso de la máquina del Estado de un partido a otro no es suficiente. En realidad, este traspaso no ha sido *súbito* y *violento*, contrariamente a lo que pretende el artículo. No ha sido *súbito*, porque es el resultado de la presión que el fascismo ha ejercido en el interior sobre la máquina gubernamental durante un largo período y de forma progresiva; y no ha sido *violento*, porque los partidos y las camarillas desposeídas no han opuesto ninguna resistencia, entendiéndose de manera abierta con su sucesor, en lugar de servirse del aparato del Estado que tenían en las manos contra él. Según esto, es evidente que toda revolución debe presentar dos caracteres: un conflicto abierto de fuerzas políticas, y la destrucción de la maquinaria del Estado por aquel que ha conseguido la victoria y se ampara en ella. Tal destrucción se manifiesta en un cambio de las relaciones existentes entre las instituciones estatales, y de manera particularmente evidente en las formas de la representación política. Por esto es de sobra conocido que el fascismo no ha abolido ni el Parlamento ni la ley democrática formal, y nosotros admitimos que aunque no lo haya *querido*, la voluntad no modifica para nada la significación de los hechos concretos. El acceso del fascismo al poder no presenta ninguno de estos dos caracteres sin los cuales no se puede hablar de revolución, conflicto armado y cambio brusco

de las instituciones. No es necesario insistir aquí sobre las afirmaciones que completan nuestra concepción del fenómeno, a saber, que no puede haber revolución sin lucha de clase económica y social, y que el mismo hecho de tender a la destrucción de la máquina del Estado excluye la posibilidad de una toma de posesión pacífica de ésta por el partido revolucionario.

El fascismo admite que no ha demolido la máquina del Estado y debe por lo tanto lógicamente renunciar a declararse revolucionario; si no obstante pretende pasar por tal, no es en función de una consecuencia crítica de su propia misión, sino porque no sabría pasar de la demagogia habitual. El jefe del gobierno fascista anuncia o, mejor dicho, reconoce que la máquina del Estado no será demolida, pero hace al mismo tiempo otra declaración preciosa: la máquina se utiliza. Mientras que los ministerios sucedían cinematográficamente a los ministerios, el viejo aparato burocrático ha continuado funcionando como ha podido. No es, por lo tanto, la política de los sucesivos gobiernos de los últimos años la que ha estropeado la máquina, sino un fenómeno a todas luces más grave y profundo. ¿El método del gobierno fascista es capaz de detener los efectos de esto?

He aquí lo que nosotros no creemos, convencidos de que en el momento en que la usura de la herrumbrosa máquina llegue a su punto extremo, la historia pondrá a la orden del día una revolución seria que no dudará en destruirla sin piedad.

¿Cuál es el nuevo método fascista para dirigir dicha máquina? Admitiremos voluntariamente que el gobierno fascista presenta un coeficiente de voluntad, de decisión y de vigor muy superior al de los gobiernos precedentes cuando se trata de apoderarse del volante. Pero esto no basta; para dirigir la máquina estatal y, con una razón más fuerte, para dirigir y regular la vida social, lo cual es un vasto problema por otra parte, son necesarios otros remedios, que vanamente se podrán buscar en la doctrina fascista. Evidentemente es cómodo responder que el movimiento fascista es un movimiento práctico y no teórico, pero tal respuesta esconde mal la impotencia. Nuestra tesis, para nosotros, comunistas, es que si hay movimientos que han pagado el lujo de una teoría completa y elegante de hacer bancarrotas, no se ha visto nunca por el contrario a un movimiento político dejar trazos perdurables en la historia, sin principios claros y rigurosos y sin la conciencia teórica de su misión. El agnosticismo y el empirismo son un bagaje muy ligero como para poder presentarse como los pioneros de una nueva era sobre la atormentada escena de la política mundial contemporánea.

Por esto, el método de gobierno que el jefe del fascismo ha intentado caracterizar no anuncia para nada una ciencia nueva. Las fórmulas que usa —«**proceder por grados**», «**proceso de desarrollo lógico, seguro y regular**», «**nulla dies sine linea**»— son fórmulas prestadas. ¿De dónde? Del bagaje doctrinal del reformismo y de la democracia social.

Resulta por lo tanto fácil hacer el balance: el fascismo que se vanagloria de liquidar al marxismo revolucionario y la democracia socializante roba al primero los términos con los cuales plantea el problema histórico político, y sueña resolverlo con los viejos métodos de la segunda.

En estas condiciones, la antítesis entre Roma y

Moscú aparece como una antítesis entre el reformismo conservador que colabora con el capital, de una parte, y el comunismo que se propone revolucionar la sociedad presente, de otra.

Nosotros sostenemos desde hace mucho que fascismo y reformismo se tocan. Políticamente, esto se vuelve siempre más evidente, por más que estas primeras críticas puedan parecer paradójicas. No obstante, reconocemos que el fascismo ha introducido en la política gubernamental un elemento que no se encuentra en los programas de la izquierda burguesa reformista, no más por otra parte que en los partidos de la derecha tradicional. Pero el fascismo no sabe teorizar la misión que le incumbe, y aunque lo supiese no tendría ningún interés en inscribirla en su bandera. Es sintomático que, para ocultar su verdadera esencia, no haya fabricado una teoría nueva y diferente, como el liberalismo, la democracia y el reformismo saben hacerlo. Nuestra explicación es que lejos de reemplazar a estos movimientos, el fascismo los continúa y completa, en cierto sentido, haciendo la síntesis de todos sus viejos expedientes.

¿Cuál es por lo tanto el elemento nuevo que se puede reconocer al fascismo en una interpretación general? El autor de este artículo ha intentado ponerlo a la luz en su informe al IV Congreso de la Internacional Comunista (incluido en esta publicación), y desarrollarlo comparando el método fascista y el método comunista, comparación que podría convertirse en una antítesis si, como es muy posible, el ejercicio del poder por la clase burguesa amenazada por una crisis revolucionaria, conduce en otros países a las mismas experiencias y a los mismos acontecimientos de los cuales ha salido el fascismo italiano.

En Rusia, la máquina del Estado está dirigida por un Partido que representa a una clase —la clase proletaria— en su unidad. El Partido Comunista resuelve el problema de su fuerza revolucionaria en la medida en que logra ser el Partido de la clase trabajadora, pues es en la centralización de un Partido así como se realiza la unidad de acción de todos los grupos del proletariado e incluso del semi-proletariado. En el seno de estas clases existen categorías, grupos sociales y locales, en los cuales los intereses no son idénticos. El Partido de clase unifica los esfuerzos que resultan de esos mismos intereses múltiples y los orienta en una dirección única haciendo callar, en interés general y de cara al éxito final, los apetitos secundarios divergentes. El Partido dirige entonces la máquina del Estado en ese sentido, y realiza el máximo esfuerzo con el cual la clase que representa está capacitada en su lucha contra el enemigo interior y exterior. Tal es la función del Partido Comunista en nuestra doctrina y en nuestra primera realización que ha tenido en Rusia.

Se puede considerar que la tarea de la organización fascista es análoga por lo que atañe a la burguesía y a las diferentes capas semi-burguesas. Entre los intereses de estos últimos y los de las fracciones burguesas existen innumerables conflictos que comprometen seriamente las posibilidades de éxito de la defensa común contra la revolución proletaria. El fascismo interviene con su organización unitaria de partido gubernamental para centuplicar la fuerza de resistencia de la contrarrevolución. Puesto a la cabeza del Estado burgués, reemplaza las viejas coaliciones de políticos por una unión de todas las fuerzas sociales que, en el caos de la desorganización política burguesa, se colocan detrás de ellas.

No vamos a exponer aquí de nuevo todos los hechos que confirman esta explicación del fascismo. Señalemos

solamente la evidencia de la analogía que existe entre la práctica del Partido Comunista en Rusia y ciertas prácticas que el partido de Mussolini ha introducido en la política gubernamental con el consiguiente escándalo para los bienpensados, como, por ejemplo, la nominación de comisarios fascistas en todos los puestos claves del aparato del Estado, la discusión de los problemas del Estado por los consejos del partido y, en fin, las campañas bien dirigidas de los funcionarios fascistas para hacer cumplir las decisiones tomadas por las instituciones estatales, etc...

El fascismo es en consecuencia, según esta interpretación, el partido unitario, la organización centralizada y fuertemente disciplinada de la burguesía y de las clases que gravitan en su órbita. Es el Estado democrático burgués completado por una organización de ciudadanos. El Estado de todos que sirve para administrar los intereses de algunos, irá de igual forma con el partido de masas que es el fascismo. Para librarse de las dudas reales de todos los viejos partidos o semi-partidos burgueses, este partido combina innegablemente los métodos de la violencia reaccionaria con demagogia democrática. La confluencia con el reformismo es clara. Los comunistas rechazan el reformismo como un agente de la causa burguesa en las filas del proletariado. El fascismo pretende rechazarlo como un agente de causa revolucionaria en el seno de las instituciones burguesas. Pero como el reformismo es claramente lo que dicen los comunistas, está condenado a integrarse finalmente en la síntesis fascista de los medios de defensa de la burguesía contra la revolución, después de haberle suministrado buen número de ideas y métodos, como, por ejemplo, el que consiste en reparar poco a poco la vieja máquina del Estado, usada, sacando tratado sobre la paciencia de las masas, o aun practicando un sindicalismo corporativo desprovisto de toda fecundidad revolucionaria y de toda capacidad de ofensiva contra la patronal. Para esto no existe ninguna necesidad de una nueva doctrina: basta con un mito, la idea nacional, no teorizada claramente como en el pensamiento «nacionalista» en sentido propio, sino presentada de tal manera que pueda convenir tanto al imperialismo gran-capitalista como al espíritu de colaboración de clase del reformismo pequeño-burgués.

En tal interpretación, existe pues una cierta analogía entre Roma y Moscú. En el curso de una conversación con uno de los líderes bolcheviques le dije que yo no preveía una próxima caída del fascismo, apoyándome sobre el hecho de que un partido centralizado y una fuerza militar compacta habían permitido al Estado soviético vencer las terribles dificultades de una triste situación económica. Este camarada objetó naturalmente que la posición histórica y social de los comunistas traía consigo ventajas sobre las cuales hablaré más adelante; yo le respondí que el Partido Comunista había tenido que combatir el sabotaje de su política por todo el aparato del Estado que había debido destruir, en tanto que el fascismo gozaba de la solidaridad de este aparato tradicional (ejército, policía, magistratura, alta burocracia, etc...). El hecho de no haber demolido la máquina del Estado da al fascismo una ventaja que no reside, claro está, en los cálculos del Duce, sino en la situación histórica. Es ahí que la diferencia entre los dos métodos completa la analogía anulada por nosotros: dos partidos han tomado el poder, uno, el Partido bolchevique, para abatir el poder del Estado, el otro el partido fascista, para repararlo. ¿Cómo se presentan las perspectivas?

En su breve artículo, Mussolini considera,

naturalmente, que están para su utilidad, razonando de manera típicamente... turatiana: Moscú, que ha querido forzar las posibilidades reales, sucumbirá y deberá volver al pasado, mientras que Roma irá lentamente, pero segura, hacia adelante. Dejemos de lado la imagen mussoliniana del péndulo que, lanzado en una dirección dada, vuelve atrás, en la cual incluso un rector como él no sabría oponer otra imagen que la de un péndulo inmóvil y, por lo tanto, privado de la simple posibilidad de oscilar.

De todas formas, la presunta ventaja del fascismo no existe en realidad.

En Rusia el Partido Comunista ha realizado la unificación disciplinada y centralizada de las fuerzas políticas. Se encuentra situado ante una tarea programática terrible, pero no irrealizable: la organización centralizada de las fuerzas económicas. Como partido de la unificación de intereses separados por oposiciones secundarias, procede lógicamente en la vía de la administración de los intereses colectivos. Este proceso no irá sin derrotas ni repliegues, pues el problema es de naturaleza *mundial*, pero el esfuerzo revolucionario llevado a cabo en Rusia tiene todo que ganar a los trastornos en la situación de los demás países, pues estos ampliarán el campo histórico y geográfico de la economía colectiva a expensas de la economía capitalista privada en plena crisis.

Por el contrario, si en Italia (y puede que mañana en otros países) el fascismo ha disciplinado los intereses y apetitos de los grupos burgueses mediante el partido único, no puede proceder lógicamente en esta línea; esta línea se rompe en razón misma de la orientación histórica que ha impedido al fascismo destruir el aparato del Estado. Aplicada al Estado, la unidad de organización del partido será empleada para defender la economía libre, la descentralización de las actividades económicas y sociales, o sea, el capitalismo, es decir, la desorganización de la producción y de la vida social. En economía, el fascismo es descentralizador y liberal por naturaleza.

La oposición de los intereses, que por un esfuerzo notable de las clases dominantes el fascismo ha conseguido reducir al silencio por su victoria, no será de ninguna forma abolida, sino que se volverá más profunda que nunca. Tal es la contradicción inherente al fascismo, incluso si su tentativa es de un alcance formidable. Nuevas victorias en el extranjero no le serían de ninguna ayuda al fascismo porque, lejos de tender a una organización internacional de intereses, los empujaría al enfrentamiento y a la guerra.

He aquí por qué Moscú, que ha osado destruir la vieja máquina del Estado, ha abierto nuevas vías en la historia, en tanto que Roma, que ha intentado por el contrario rejuvenecerla, no hará más que sincronizar la derrota del furor reaccionario y la del delirio reformista.

Roma es también un poder fuerte, una dictadura, y ella ha denunciado enérgicamente las debilidades del liberalismo y del reformismo, empleando sin prejuicios todas las armas de la lucha política. Pero defiende una forma de organización económica que no es otra que el liberalismo, y aplica un método político que no es otro que el reformismo típico. He aquí por qué esta dictadura desaparecerá sin haber engendrado un nuevo orden.

Nos parece, en lo que nos atañe, que la contradicción fundamental que existe entre la libertad dejada a las fuerzas económicas capitalistas, de una parte, y la centralización impuesta a las actividades políticas de la burguesía, por otra, comienza a manifestarse por choques y conflictos, en el seno del Partido Fascista. Y por lo tanto, como hemos dicho anteriormente, no pensamos que este proceso vaya a ser muy rápido.

De todas formas, es Moscú quien sobrevivirá (*).

(*) No se trata, claro está, de una previsión en el sentido de la futura doctrina bujarino-estalinista del «**socialismo en un solo país**» (doctrina rechazada expresamente una página antes), sino de un acto de fe general en el proletariado y en el comunismo.